



Rocío Velasco de Castro, « De periodistas improvisados a golpistas consumados: el ideario militar africanista de la *Revista de Tropas Coloniales* (1924-1936) », in *El Argonauta español* n°10 (janvier 2013)

<http://argonauta.revues.org/1590>

Apéndice documental

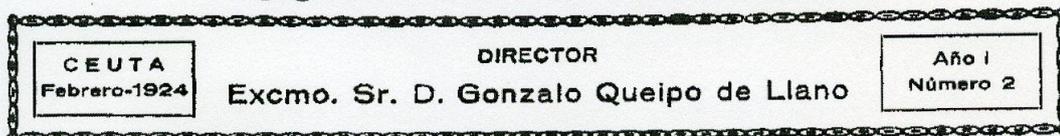
Revista de Tropas Coloniales

Propagadora de Estudios Hispano-Africanos



Revista de Tropas Coloniales

Propagadora de Estudios Hispano-Africanos



EL PROBLEMA DE MARRUECOS

Al aparecer la "Revista de Tropas Coloniales"

A nadie puede ocultársele la gravedad de este problema, por causas tan distintas, que la responsabilidad de tal situación alcanza; desde las partidos políticos que dirigieron la vida de la Nación, con su desconocimiento práctico del problema y consiguiente irresolución para proceder, pasando por nuestros diplomáticos, y por el Ejército con su falta de preparación adecuada, a la que quizá no falten ciertos ribetes de ineptitud y de apatía, alcanza al pueblo que, con indolencia verdaderamente musulmana, permitió que le siguiesen gobernando quienes de fracaso en fracaso y en constantes luchas intestinas de una esterilidad desesperante, habían conducido a la Nación hacia la anarquía.

Jamás podrá decirse con mayor propiedad al pueblo español ante el estado lamentable de alguno de sus trascendentales problemas. ¡Todos en él pusistéis vuestras manos!

El divorcio que los políticos parecían tener interés que existiese entre los gobiernos y el pueblo, al que engañaron tratándole como eterno menor de edad, fué causa de que la pérdida de nuestro imperio colonial trajese consigo la enorme depresión que sufrió el espíritu español hasta entonces vigoroso y dispuesto siempre al sacrificio por la Patria; espíritu que se procuró abatir aún más por algunos intelectuales que, por corrupción del gusto, por una moda desdichada o afán de notoriedad, interpretando caprichosamente las ideas del gran patriota Costa, comenzaron a realizar labor negativa sin darse cuenta del gravísimo perjuicio que causaban a su Patria.

Se desterró la Marcha de Cádiz, poco menos que como atentatoria contra la dignidad de esa *novísima* modalidad de ciudadanía. Hablar de patriotismo, según ésta, era prueba de imbecilidad y difícilmente se encontraba quien se atreviese a merecer tal estigma. El Ejército, base de la tranquilidad pública, garantía de las instituciones que rigen la vida de la Nación, fué blanco de los más villanos ataques; blanco de las iras de multitudes, franca, neciamente hostiles, como si después de haber vertido a raudales su sangre generosa, en aquellas guerras desdichadas, víctima del máximo abandono de los Gobiernos, fuese el único responsable de los males sufridos por España.

En su precioso artículo publicado en el primer número de esta REVISTA, hablaba Maetzú de «la hostilidad de nuestras clases intelectuales contra el heroísmo» contra el Ejército, que continúa y sin duda existió siempre

acaso por la ventaja — de que habló Don Quijote — de las Armas, «por las cuales se alcanza si no más riquezas, a lo menos mas honra que por las Letras»... «que puesto que han fundado más mayorazgos las Letras que las Armas, todavía llevan un no sé qué los de las Armas a los de las Letras, con un si sé qué de esplendor...»

Sea cualquiera la causa de esa hostilidad de los intelectuales contra el Ejército, no hay duda que exacerbada por la actuación, caprichosamente interpretada, de las Juntas Militares, que cuando así convino a los políticos *las hicieron cabalgar*, como Santiago, aún después de muertas, fué otro de los factores que agravaron el problema, dificultando su desarrollo.

Desde el principio de nuestra actuación en Marruecos en cumplimiento de honrosos e ineludibles compromisos internacionales, nuestros escritores sintieron el prurito de poner al descubierto todas las lacras de nuestra organización, no para aplicarlas el medicamento apropiado, sino para emponzoñarlas como si tuviesen interés en debilitar el débil organismo en que aparecían. Con informes equivocados, admitidos quizás con excesiva ligereza, extraviaron a la opinión pintándole la empresa que hablamos de acometer con los más negros colores, proclamando su absoluta ineficacia. Quienes debían de infundir alientos y demostrar mayor fé en los resultados de nuestra actuación, contribuyeron a extender la desesperanza. Quienes más obligados debían estar a prestar ayuda a la oficialidad del Ejército para elevar la moral de éste, contribuyeron a deprimirla por que no se dieron cuenta de que la moral de los Ejércitos empieza a forjarse en los centros vitales del país ni de que no son ciertamente, buenos procedimientos para elevarla, difundir manifestaciones, de desconfianza en nuestra actuación, de impotencia para continuar nuestro esfuerzo o de la injusticia de nuestra causa ni mucho menos, restar autoridad a quien ejerce el Mando.

Al mismo tiempo, los políticos, en lugar de buscar los oportunos remedios para tal estado de cosas, se limitaron a soslayar habilidosamente el problema marroquí, rodeándole del mayor misterio en el que en vano pretendía penetrar la opinión pública, esgrimiéndole solamente como ariete cuando sucesivamente trataban en el Parlamento, de abrir brecha en la consistencia de los gobiernos. Y como casi todos los periódicos españoles servían intereses de los partidos políticos anteponiéndolos a los de la Patria, este problema llegó a hacerse enojoso para todos los ciudadanos que llegaron a conside-

rarle insoluble, superior a los medios con que contaban nuestros gobiernos y a la potencia económica del país.

Sin darse cuenta, políticos e intelectuales, del gravísimo perjuicio que causaban haciendo endémico un mal que hubiera podido resolverse con la terapéutica de energía apropiada aplicada en momentos oportunos, indujeron a los gobiernos a salir del paso obligando al Mando a no tener bajas por ningún concepto (oh, debilidad eterna de nuestros gobiernos!

Eso era lo mismo que condenarnos a la inacción, a colocarnos para siempre a la defensiva ante un enemigo osado y aguerrido, eterno adorador de la bizarria, que sintió acrecentado su entusiasmo y su espíritu de acometividad, a lo que contribuían las informaciones de prensa, propaladoras de las luchas intestinas de nuestras clases directoras, en relación con este problema y la campaña abandonista fundada en nuestra supuesta impotencia.

Así se llegó a momentos en que la situación no era por demás halagüeña. En la Zona oriental interpretando el enemigo nuestra actitud como cobardía o incapacidad, acosaba nuestras posiciones avanzadas suponiéndose invencible y organizaba una parodia de república digna de risa, si no tuviese efecto a expensas de nuestro decoro como Nación. En esta Zona al mismo tiempo que en la Zona Occidental, después de los enormes errores cometidos, realiza el general Aizpuru, con el mayor entusiasmo, una labor que parecen contemplar con cierto recelo los españoles y marroquíes, que perdieron la fé en los procedimientos seguidos o que se puedan ya seguir: pesimismo que carece de base sólida.

* * *

Nosotros creemos que el problema es perfectamente soluble: que es problema de voluntad, de querer afrontar resueltamente con todas las asistencias necesarias que nuestro pueblo, si ha de ser digno de su historia, debe conceder siempre para la resolución de sus problemas nacionales.

Si hubiéramos de creer a la mayoría de los periódicos españoles, no habría que pensar en que el pueblo español concediese su apoyo para la resolución de este problema porque no quiere ni que se le hable de tal asunto. Pero quien conozca un poco la manera de pensar del verdadero pueblo; del que trabaja, produce y sostiene sobre sus hombros la pesada carga de la vida de la Nación, sabe que a pesar de las caciquiles iniquidades que hicieron odioso al Estado, conserva en lo íntimo de su noble corazón un altar en el que rinde culto a la Patria con fervoroso entusiasmo.

Su instinto le hace lamentar que, estérilmente, venga a estas tierras una parte de la juventud española; pero si un gobierno cualquiera llegara a merecer su confianza, vería a ese pueblo apoyarle decididamente, pues piensa (yo lo he oído de muchos labios), que si la dignidad de la Patria lo exige, debe afrontarse resueltamente el problema, pues es preferible el momentáneo sacrificio de vidas y de dinero que la rápida resolución exigiese, que esa labor realizada durante quince años, tejiendo y destejendo lo que a la larga nos ocasiona más pérdidas en hombres y una sangría suelta en la economía nacional, sin que por ninguna parte se vislumbre la solución.

Al pueblo español, puede aplicarse apropiadamente la semejanza que Catón encontraba entre los romanos y las ovejas «porque—decía— a estas una a una se las lleva muy mal y juntas siguen fácilmente unas tras otras a los conductores». Que los conductores del pueblo sepan conducirle por los caminos del deber para con la Patria y seguramente le encontrarán siempre dispuesto a cumplirlo hasta el sacrificio.

La prensa debe hacer examen de conciencia y disponerse a ayudar a conducir al pueblo, porque su asistencia es la más indispensable para la resolución del problema. En reciente charla con los periodistas declaraba el Marqués de Estella que cuantas veces se dirigió a aquella en demanda de que no tratasen doctrinalmente asuntos peligrosos, encontró en ella un patriotismo y un desinterés dignos de elogio. Aún reconociendo en la Prensa española en general sobresalientes cualidades que la hacen digna de nuestra consideración, hemos de confesar con la sinceridad que hemos de poner siempre en nuestros escritos, que en lo que se refiere al problema marroquí, salvo muy honrosas excepciones, no procedió con

aquel patriotismo ni aquel desinterés; sino que sirviendo intereses de partido, instigaciones del desprecio o pasiones más inconfesables, causó grave perjuicio a la Patria, destruyendo prestigios bien legítimos, en momentos decisivos para nuestra actuación, bien creándolos caprichosamente sin otra base que amistades personales o razones de agradecimiento, cuando no estímulos de la diosa Némesis. ¡Idolos de barro que el tiempo se encargará de ir desmoronando...!

En cuestiones que afectan tan íntimamente a la vida de la Patria, la Prensa no debe servir otros intereses que los de ésta, teniendo en cuenta que si en tiempos de Figaro podían los periódicos que la integraban ser llamados órganos de la opinión, aunque aquel no la encontraba por ninguna parte, la rapidez de las comunicaciones y los sorprendentes adelantos en el arte de imprimir, hacen que la prensa moderna sea la que cree la opinión, marchando delante de ella, encauzándola, moldeándola al gusto de quienes en ella escriben hasta tal punto, que la inmensa mayoría de los ciudadanos españoles sustentan y defienden como propias las ideas que leyeron en el diario que leen habitualmente, manteniendo al poco tiempo otros distintos, si por cualquier circunstancia tuviera que cambiar de periódico. De ahí proviene la importancia tan enorme que ha alcanzado la Prensa en la vida moderna que puede afirmarse que del cuarto poder del Estado, como la llamó Pi y Margall en *La Estafeta de Palacio*, ha pasado a ser el primero. «¡Palanca poderosa capaz de remover el mundo!»

Su poder inmenso, lo demostró en el desarrollo de la conflagración mundial: le vemos en todas las manifestaciones de la vida: es fuente de cultura e influye tan poderosamente en la gobernación de las naciones, que no es posible que haya políticos capaces de despreocuparse de ella y mucho menos de atraerse sus iras.

Ese enorme poder debe ejercitarse siempre haciendo escuela de patriotismo, haciendo labor positiva para la Patria, tratando siempre los problemas que la afectan desde un plano tan elevado que jamás lleguen a hoirlar los intereses mezquinos. Su espíritu de crítica, su afán de lucha debe emplearlos en otras cuestiones o en combatir a aquella parte de la Prensa y determinados organismos franceses que a impulsos de su patriotismo, virtud que tanto les distingue, *combaten nuestra actuación, procurando nuestro desprestigio* por creer que así realzan el prestigio de su país en Marruecos.

Por nuestra parte, venimos a la Prensa animados de los más fervientes deseos de ser útiles a nuestra Patria; practicaremos cuanto acabamos de exponer, otorgando nuestro modesto apoyo a quien rija los destinos de esta Zona, no por imposición que no se nos hará nunca y que rechazaríamos, prefiriendo antes quebrar nuestras plumas; sino por creer que de ese modo serviremos mejor a nuestra causa.

Hoy representa al Gobierno en esta Zona, el General Aizpuru, cuyo elogio, no hemos de hacer para evitar la maledicencia de las almas ruines. Si podemos decir, que nos merece las máximas garantías de acierto.

Así como por distintos caminos se vá a Roma, creemos que por procedimientos opuestos puede llegarse, en el problema marroquí, a idénticos resultados, puesto que la condición primordial para alcanzar el éxito es la absoluta continuidad de las normas a seguir que deben permanecer constantes, con racional adaptación a las circunstancias, cualquiera que sea el gobierno que nos rija y la personalidad que aquí le represente. La continua variación de personas y procedimientos, solo puede conducir a la desorientación que hemos venido padeciendo y desconcierto en los indígenas distinguidos que nos otorgaron su adhesión y nos prestaron su valiosa ayuda.

Al aceptar, el General Aizpuru, el sacrificio enorme que hoy supone el desempeño del cargo que ocupa, sabía ciertamente que comprometía su puro prestigio, sin poder aspirar a otro premio que el agradecimiento de sus conciudadanos. Tiene, pues, derecho a exigir, dadas las circunstancias difícilísimas en las que se hizo cargo del Mando, que todos los españoles le prestemos con el mayor entusiasmo, toda clase de cooperaciones. LA REVISTA DE TROPAS COLUMNALES le ofrece incondicionalmente la suya tan sincera, como modesta.

Gonzalo QUEIPO DE LLANO.

PASIVIDAD E INACCION

Por el Tte. Coronel FRANCO

La pasividad y la inacción, son en la guerra forzosos aliados del vencido. Estudiar los más elementales principios del arte militar, detener la vista en las páginas guerreras de la historia, revisar las campañas coloniales de las distintas naciones, y en todo encontraréis la confirmación a estas palabras.

Por mas que queramos definir el protectorado marroquí, por mucho que ansiemos la paz de Marruecos, de hecho existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos. No es posible permanecer quietos desempeñando la eterna parodia de un protectorado, que para ejercerse necesita autoridad y fortaleza, ya que una y otra, desde su máximo esplendor (en la primavera del 21) han ido cayendo al compás que crecieron los desplantes y rebeldía del pueblo protegido.

La guerra en Marruecos ha tomado distintos derroteros. No son estos los tiempos, «en que sentados en la puerta de casa hemos de ver pasar el cadáver del enemigo,» el probervio árabe se ha esfumado tras las densas nubes de nuestro revés, y la vieja y desacreditada política de atracción, se estrella contra la rebeldía rifeña, que sólo vé en nuestro deseo de paz un seguro temor para la guerra... No es posible sostener el «mito»: del llamado estado de paz y operaciones de policía. No olvidemos que siempre los heraldos pacíficos de la nota oficial han tenido el triste eco de contratiempos y agresiones, ¡como si el azar quisiera dar un mentis a nuestras palabras!.

Aquellos procedimientos de atracción y política, útiles y aun necesarios, sometido el enemigo o vencidos sus focos de rebeldía, son perjudiciales cuando en nuestro frente se mantiene latente el fuego de la guerra, los cañones truenan en enorme paqueo, y la *arbaia* y el fusil acechan desde las barrancadas a nuestros centinelas; toda suavidad y política en esos momentos es dejar impunes las agresiones, y al crear intereses en la guerra se aleja indefinidamente la hora de la paz.

Los sucesos del 21 marcan una revolución en la guerra de Marruecos, el valor efectivo de las unidades ha bajado de nivel y los efectivos antes fuertes para resolver una situación, son hoy reducidos e impotentes. La rota de Anual ha sido fatal enseñanza para los indígenas, y los sometidos de ayer, en su fanatismo rencoroso, creen posible una nueva matanza de *arumis* (*) y un nuevo triunfo del estado de anarquía,

La historia de Marruecos posee una fuente de enseñanzas reveladoras, de las que en vano nos alejamos. El

tiempo corre..., la historia se repite..., y lo mismo en las montañas del Atlas que en los riscos del Rif y de Yebala sigue perenne el odio de la raza, y sus rescoldos, sólo esperan el viento de un azar para arrancar la llama...

Parece que fué ayer cuando Moha Ben Hamú, kaid de los Zaian, conversa con los notables a las vistas de Marraquex y cuando estos celosos de su independencia le reprochan sus tratos con el Majzén (el gobierno) él les dice: «confiar en mí, la guerra no puede hacerse sin armas municiones ni dinero y no lo tenemos, el Majzén nos dará de todo y entonces... cuando este se debilite... será nuestro día...» y así llegó para las gentes de Kenifra la hora de su independencia, aquella en que las armas del Majzén brillaron con los rojos reflejos del odio berebere y el Gobierno fué impotente para dominarlos... ¡Cuántas veces después se repitió la historia?... La psicología de los pueblos bereberes, fanáticos e impresionables, imprime grandes cambios en la actitud de las kabilas, y basta un jefe prestigioso o Santón melenudo para turbar y aun levantar kabilas y aduare... Aceptan con resignación coránica el mando del más fuerte, pero aprovechan toda ocasión de recobrar su independencia.

La época en que la política, el tiempo y el dinero facilitaban nuestra labor, y la razón parecía acompañar a los prudentes y tímidos en operar, dejó paso a ésta en que la pasividad y la inacción pueden ser un engendro de reveses y contrariedades. No es la guerra oficio de pasivos; en ella encarnan la actividad y la energía, la iniciativa y la voluntad, y los que no sientan en la campaña la actividad del bien obrar, los que encubran tras de suicida pasividad su indecisión é ignorancia, los que no acierten a vislumbrar tras el empeño el resplandor de la victoria, o se sientan sobrecogidos por la responsabilidad o el temor, recuerden la máxima napoleónica que dice: «la guerra es un juego serio en el cual se puede comprometer la reputación y el país, y cuando se es razonable se debe sentir y conocer si se ha nacido o no para el oficio», y dejen el paso franco a los más aptos o capaces.

La primavera del año 24 puede abrir un paréntesis en nuestra actuación...; pero antes de que nuestros economistas nos hagan las cuentas de la guerra, preciso es que apaguemos los focos de rebeldía y en las zonas sometidas reine la tranquilidad y confianza aseguradas por el desarme. De otra manera el más ligero viento podrá convertir en pavesas nuestro edificio.

F. FRANCO BAHAMONDE.

(*) Cristianos.



XAUEN: Plaza de España

XAUEN, LA TRISTE

DEL DIARIO DEL GENERAL FRANCO

Resuelto el problema militar en la Región Oriental con la derrota del cabecilla rebelde y organizado el protectorado en las regiones recientemente sometidas, todas las miradas de cuantos se preocupan de nuestros intereses marroquíes, vuelven hacia la zona de Yehla. Las informaciones oficiales se hacen eco de las luchas rurales, de la reacción general del país contra los zitiños y de su total expulsión del territorio de los jamaís (Aïmas) y en estos momentos en que el nombre de la misteriosa ciudad del monte vuelve a tomar actualidad en nuestra política y cuando brillantísimos triunfos han coronado el esfuerzo y la serena tenacidad de los días difíciles, escojo entre las cuartillas que guardo inéditas de la pasada retizada, algunas que reflejan la emoción de la ciudad sagrada en horas tan críticas y que son trozos de su historia, que juzgo no deben perderse.

MEDIABA el mes de noviembre de 1924, cuando los preparativos para la evacuación de la ciudad de Xauen quedaban ultimados. Al amanecer de uno de estos críticos días, cuando apenas el sol se ha iniciado tras las altas crestas de Yebel Magot, afanosos los indígenas pobladores de la ciudad, se agrupan confusos en la proximidad de los ennegrecidos camiones en demanda de un puesto para emprender el éxodo. El material más complejo aparece ya cargado en la larga caravana de los enormes vehículos bajo las miradas tristes de los viejos *xauinis* que arrebujaos en sus yilabas blancas vigilan desde el amanecer el afanoso trajinar de nuestros soldados. Sentados en grupos sobre las rocas grises de las laderas del Kala, contemplan silenciosos el desmantelado campamento tendido a sus pies, ocultando bajo una tranquilidad o una indiferencia aparentes el amargo rencor que nuestra marcha les produce.

Al recorrer la larga hilera de camiones, un espectáculo pintoresco y triste se ofrece a nuestros ojos; en torno del jefe del convoy se agrupan en abigarrada confusión las mujeres europeas, mal trajeadas y agobiadas por un rebaño de chiquillos; las barraganas pintarrajeadas, de rostros amarillentos y marchitos, ataviadas con inverosímiles trajes de llamativos colores; las familias de los soldados y los jornaleros, y numerosos hebreos a quienes la ocupación había acomodado a mejor modo de vivir y que temen la reacción del fanatismo. Vénse también las moras de distinguida posición envueltas en sus jaiques de lana, ocultos sus

rostros bajo los albos mantos y acompañadas de moritos vestidos de yilabas de brillantes tonos. Toda esta confusa multitud aspira a ocupar un sitio en los alineados camiones.

Cruzamos junto a los corrillos de indígenas, acercándonos con la intención de leer en los semblantes de los viejos moros y observamos sus ojos entristecidos y recelosos... parecen presentir la emoción del momento que se acerca! Por fin, trepidan los motores de los monstruosos vehículos y perezosamente inician la marcha los más avanzados, momentos después la caravana entera se precipita oscilando y entre nubes de polvo por la pendiente de la carretera serpenteante e inverosímil...; se pierden a lo lejos llevándose de la ciudad montañesa la alegría y el progreso que año tras año trajeron. La marcha del convoy arranca de su melancólico éxtasis a los espectadores grupos de indígenas, y en tanto unos permanecen aún sentados en la contemplación del campamento, alejase otros en dirección de la ciudad, para volver al día siguiente a su observatorio.

El sol cae, cuando cruzamos bajo las puertas de la ciudad sagrada; la vida y la actividad de otros días ha desaparecido de las calles murunas, las puertas claveteadas, con sus enormes y ostentosos llamadores, permanecen cerradas, las tiendas y los cafetines se encuentran desiertos y vacíos de toda mercancía, los primitivos telares están parados, tras las puertas entornadas parecen dormir en la calma apacible de este poniente sol de otoño.

En la plaza de España, algunos paisanos ayudados por legionarios hacen almoneda de su modesto ajuar...; contactos moros acérpanse codiciosos a las camas y los *somniers* y por unas pesetas compran de barato lo que fue lecho del humilde obrero. Quinqués, cubas, sillas, cacharros y enseres heterogéneos y desportillados, todo es malbaratado en la plaza pública y lo que no se vende queda abandonado ante la torva indiferencia indígena.

Continuamos ahora en dirección al barrio de la Sueca. Unos soldados encaramados en una escala recojen respetuosos los últimos recuerdos de nuestra dominación. La placa de mármol con el nombre de «Plaza de España» es cuidadosamente desprendida de los carcomidos muros de la Alcazaba, en cuyo torreón más alto, cubierto por la hiedra venerable de varios siglos, hondeó hasta ayer junto a la marroquí enseña, la amada bandera española que el

viento se ecargó de derribar, como queriendo piadoso evitarnos hoy la amargura de arriarla. «Calle del 12 octubre», de «Alfonso XIII», del «General Berenguer», dicen las otras lápidas cariñosamente desprendidas en evitación de las profanaciones de mañana.

Entramos en el barrio de la Sueca; las pequeñas y oscuras tiendas están cerradas en su mayor parte, tan sólo alguna que otra parecen querer liquidar a última hora su escasa mercancía. En sus estanterías, llenas antes de yilabas fantásticas, géneros multicolores y toscos paños, salidos de los telares de la ciudad, véñse únicamente algunas pardas prendas montañesas...

Al llegar a la judería, el barrio más pobre y misero de de Xauen, su única calle, tortuosa y en cuesta, se ofrece desierta a nuestros ojos. En medio del arroyo se amontonan los detritus de los abandonados hogares... Una pequeña puerta practicada en un muro ruinoso, da acceso a un departamento lóbrego e infecto donde ocultos a las miradas de los fanáticos indígenas, solían antaño los hebreos celebrar sus ritos. Sólo aquí tropezamos con un viejo judío, que con su negra túnica parece esfumarse en la penumbra del sagrado recinto. Aún penden del techo los faroles de hierro que en los días de fiesta mosaica alumbran la pobre estancia y las paredes de tan humilde sinagoga, se decoran todavía con cuadros amarillentos de inscripciones hebraicas.

También el viejo israelita prepara su marcha; en su triste semblante se refleja el dolor de la partida. Esta pequeña colonia hebrea ya no quiere volver a vivir en la servidumbre innoble de los pasados años; con lágrimas abandonan sus pobres viviendas y el humilde barrio que durante siglos fué todo su mundo; pero, conocen ya las ventajas de la civilización y del derecho de gentes... y van tras de ellos... Sus doncellas ya no serán mancilladas por la barbarie indígena en los días de saqueo. Las colonias hermanas de Tetuán y Tánger les abren sus puertas con la tradicional fraternidad de la raza.

Abandonamos el barrio recordando los brillantes días de nuestra llegada a la hasta entonces hermética ciudad, cuando los xaunis vistiendo sus más ricas galas, alineados en la principal puerta al campo, precedidos de los vistosos pendones de sus seculares cofradías, aclamaron y recibieron solemnemente a nuestras autoridades y a las del Majzen... Día aquel en que los miseros y humillados israelitas lloraban de alegría y con su típico acento y vocabulario castellano antiguo vitoreaban fervorosos a la Reina Isabel, a la Reina buena.

De retorno a la Sueca nos detenemos ante la tiendecilla de un moro venerable. Su rostro arrugado y pálido, que encuadran unas barbas de plata, su semblante sereno y su lúmpisimo ropaje, destacan intensamente del marco de po-

breza y negrura, que en torno suyo forma el diminuto y oscuro nicho. Me acerco al alfeizar: Un enano pupitre mómuruno, varios libros panzudos y arcaicos, documentos árabes manuscritos con garabateados signos, las plumas de caña usuales entre los moros, muchas cajas de lata, cordeles y baldiques... enseres de letrado en característico desorden llenan el interior del angosto rectángulo, en el centro del cual, sobre la vieja estera, el noble anciano repasa piadosamente las gruesas cuentas de su rosario.

Antes de ahora, en las tardes interminables de un verano pretérito, me era grata la paz del tortuoso barrio, con sus calles entoldadas y frescas y gustaba de la charla de este amable viejo quizá centenario. Hoy me impulsa una curiosidad inquieta. Y tras los largos y ceremoniosos saludos de la cortesía marroquí, comienza nuestra charla; el anciano parece animado a conversar con la naturalidad de otros tiempos:

—¿Que sólo está el barrio, todo cerrado, sin gente por las calles? —comienzo a interrogarle.

—¿Te extraña, me dice, es la tristeza de la ciudad.

Los ricos se han ido llevándose sus mercancías y sus ajuares; los trabajadores hace días partieron también en busca del trabajo que en ella faltaba; pararon los telares por falta de pedidos, sólo quedamos los pobres, los chicos y aquellos que no pueden perder lo que es de todos, el pedazo de tierra en que enterrarnos.

—Y no temes por tu seguridad, mi viejo amigo?

—Sólo soy, pero mi parentesco con chorfas, me garantiza el respeto y la tranquilidad y estoy dispuesto a repartir mi pobreza. El Raisuni, primo mio, me ofrece albergue en Tazarut, pero no temo. Lo que haya de suceder que aquí me coja.

Ambos callamos como formulando un mismo pensamiento. Al fin el anciano xauni se anima y rompe a interrogarme: —¿Cuando os marcháis; los chicos que van al campamento, dicen que mañana; ¿es cierto? —Callo un momento eludiendo la repuesta y entonces sus pensamientos se desbordan...

—¿Porqué turbásteis nuestra vida si habiais de abandonarnos? irrumpe de pronto. ¿Porqué permitis que la ciudad antes rebosante se vea hoy abandonada y muerta? Dentro de pocos días, tal vez horas, nuestra pobre Xauen será saqueada por las gentes rebeldes. Las tribus de Gomara pretenden destruirla, recordando los tiempos en que la ciudad fué de ellos. Los de Miserela, codiciosos y rebeldes quieren hacerla pasto de sus rapiñas. Sólo las otras fracciones del Jomás parecen interesadas en evitar la ruina... Pero, ¿quién detiene las pasiones desbordadas? exigirán de cada familia un tributo y luego otro y otro, y hasta los más miseros enseres serán arrebatados al que no los pague. Los atrope-



XAUEN: Una calle

llos y los saqueos no tendrán sanción y ¡ay de los que se distinguieron con vuestra amistad! poco pago serán sus vidas y sus haciendas!...

—¿Por qué os marcháis? ¿Por qué entregáis a la ciudad a las tinieblas y a las violencias?...

Las palabras del viejo me producen una sincera emoción; durante unos segundos por mi imaginación destilan imágenes sangrientas de los futuros y bárbaros desmanes de la rebeldía...; pero es necesario argüir a las reconvencciones del xauni.

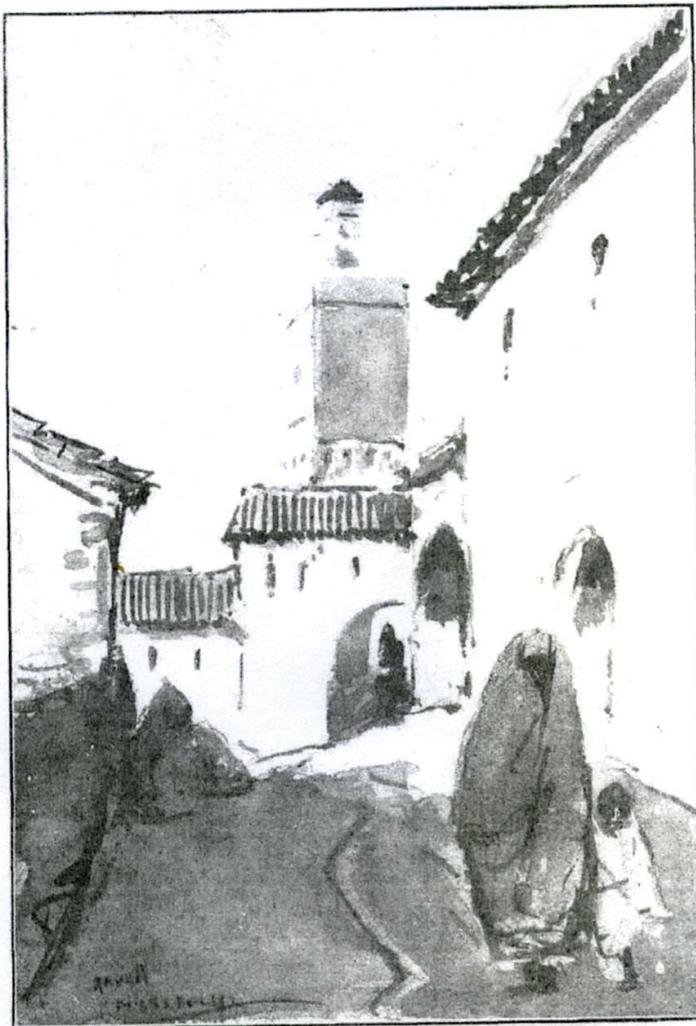
—No culpes al Majzen de lo que mañana pueda sucederos; que, tres años de paz, de generosidad y de justicia, bastantes son para abogar en su favor. Bien conoces tú cómo la rebeldía se señoreó ahora de las cabilas sometidas; vuestra es la culpa. Abrísteis vuestras puertas a los espías rifeños, encubristeis la política y la sorda propaganda de los rebeldes. Los poblados que un día solicitaron nuestra protección, albergaron a los huidos, acogieron a las hárkas rebeldes, les pagaron *minas* y los apoyaron en sus incursiones. Las posiciones, antaño pedidas por ellos, han sido después por ellos mismos asediadas y atacadas. De los sagrados juramentos prestados con sacrificio de reses, en los pasados actos de sumisión, sólo quedó el recuerdo de la sangre. Franqueásteis las puertas de Yebala a los rifeños y olvidásteis sus antiguas vejaciones para ayudarles ahora, y en el mismo Xauen, tranquilo y laborioso, nuestros soldados son asesinados dentro del recinto de sus murallas, y la rebeldía se alberga en el misterio de vuestros mismos hogares.

—No preguntéis de quién es la culpa! España es abandonada porque antes se vió de vosotros abandonada; necesita reunir sus fuerzas diseminadas en todo el territorio y en tanto volvéis a vuestra codiciada barbarie, ella llevará el castigo y la guerra, al suelo mismo de quienes la encendieron; iremos al Rif a castigar al actual *Roghi* y entonces, pobres y hambrientos, entregados a la opresión, al despojo y a la violencia, lloraréis sinceramente nuestra marcha y alcanzaréis a comprender nuestras razones...

—Qué equivocación, ¡oh, amigo mío!—me arguye vivazmente mi anciano interlocutor—culpar a los indígenas de cuanto ahora sucede. Miráis a los moros, y no sabéis ver si no nuestro ropaje. No conocéis la razón íntima de nuestra conducta; no podréis nunca conocerlos. Llegaron los *Muyahedim*, esta es la razón que no comprendéis; a los *Muyahedim* todo buen musulmán ha de ayudarles siempre. No hay poblado, que directa o indirectamente no les socorra y albergue; unos con sus armas, otros con sus *minas*, los más tímidos con su silencio. Es el derecho de asilo del *Muyahedim*. No evocéis pues, las convencencias, los sentimientos, los afectos... son razones que ante aquellos se desvanecen...

—Pero no pensáis mi viejo amigo, que mañana, cuando nosotros nos hallamos ido, viviréis bajo el yugo bárbaro de vuestros invasores.

—El día en que estéis lejos, volverán las cabilas a sus luchas; guerrearémos incesantemente por gobernarnos, por defender nuestros campos y nuestros ganados y al fin los forasteros serán expulsados... Sólo entonces, cuando cansados de la guerra, la paz llegue, llora-



XAUEN: Una zawiá.

remos con lágrimas de sangre el bienestar perdido... Esa es tu única verdad; ¡pero Dios así lo ha escrito!

Cae la tarde cuando en los minaretes de las mezquitas se izan los blancos guiones, el sol se oculta tras el Yebel Buhasen poniendo en sus crestas ribetes de fuego; mientras el muecín canta al oriente su llamada a la oración. Su voz se pierde en la lejanía, repetida por los cantarinos ecos de las otras mezquitas, en la paz aparente de la tarde otoñal. Nuestro viejo amigo se levanta y cerrada su tienda, se aleja, con su fieltro rojo bajo el brazo camino de la Mezquita. Ha llegado para los buenos musulmanes la hora de la oración...

—¿Qué misteriosos pensamientos asaltarán a nuestro amigo en sus instantes de meditación?... ¡Tal vez reze por el triunfo de los *Muyahedim*!

Francisco FRANCO

Acuarelas de M. Bertuchi.



¡Españoles y Extranjeros!



¡Al Tercio!

La Legión va siempre en vanguardia y siempre llegó donde el pasado dispuso. * El recuerdo de la vida de legionario llenará de orgullo vuestro porvenir, honrará las amarguras del pasado, y sus heroicos lanceos serán vuestro limpio blasón de caballeros.

Como en las guerras de Flandes...

Podeis llegar a Capitanes del Tercio

Tendreis alimentación sana y abundante. * Vestuario de buena calidad, práctico y vistoso. * Primas de enganche muy ricas y aumento de haberes por año de servicio. * Los LEGIONARIOS son los soldados del Ejército mejor retribuidos, los de mejor porvenir. * Los que aspireis a la gloria; los que deseis lugar de ovación, de redención de lucha; los que busqueis aventuras y aspireis a obtener galones, estrellas, cruces; a ganar en la lucha el metal untado de caballeros.

¡La Legión os espera! ¡Alistaos en la Legión!

Primas de enganche

Por TRES años: 400 pesetas, distribuidas en la siguiente forma: 150 pesetas al ingresar. Al primer año 83'33; al segundo, 83'33 y al tercero 83'34. Por CUATRO años: 500 pesetas, distribuidas en la siguiente forma: 250 pesetas al ingresar. Al primer año: 83'33; al segundo, 83'33 y al tercero, 83'34. Por CINCO años: 700 pesetas distribuidas en la siguiente forma: 350 pesetas al ingresar. Al primer año, 116'66; al segundo, 116'66, y al tercero, 116'68. A partir del cuarto año percibirán 500 pesetas más, distribuidas en partes.

HABER DIARIO

PRIMERO Y SEGUNDO AÑO		TERCERO Y CUARTO AÑO	
En mano	2'00 pes.	En mano	2'40 pes.
Rancho	2'00 "	Rancho	2'00 "
Masita y ahorro	1'10 "	Masita y ahorro	1'50 "
TOTAL	5'10 "	TOTAL	6'50 "

HABERES DE CLASES: Sub-oficial, 342'64 pes.; Sargento, 294'22; SEÑORES OFICIALES: Capitán Legionario, 397'75 pes.; Teniente Legionario, 609'37; Alférez Legionario, 560'20